



# LA Semana Comica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

NUESTROS NOVELISTAS, POR ESCALER.

PERIÓDICO LITERARIO,  
—  
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:  
Plaza de la Universidad, 5

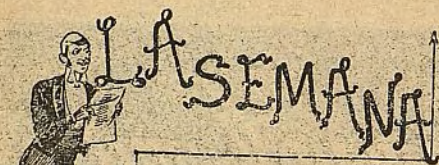
Lit. Miralles.



JULIO VERNE.

Ayuntamiento de Madrid





La baja de la Bolsa nos ha dejado completamente acobardados.

Es decir, que el descenso de los valores públicos ha producido un descenso igual en los valores personales.

En las cifras de la cotización oficial, se observa la oscilación de los decimales, como, en momentos angustiosos para una familia, se observa la oscilación del termómetro clínico aplicado á la axila del enfermo; y es de notar el amargo contraste que forman los humanos apreciando por décimas la temperatura del doliente, y por céntimos el estado de la Bolsa, como si el bolsillo fuera más importante que la vida, ya que las alternativas de aquel se registran con más minuciosidad aritmética.

Temieron los banqueros de Londres, temblaron los bolsistas de París, vacilaron los alcistas madrileños, se escamaron los negociantes de Barcelona. . . y por unos días S. M. Pánico I, fué el monarca universal.

Reinó en todas partes.

—¿Qué opina V. de la baja, D. Simeón?— preguntaba un bolsista á otro.

—Que para mí no es baja.

—No ¿eh?

—No señor, es un bajonazo completo.

—Y ¿á quién será debido esto? Dicen que á los ingleses.

—Sí, á los ingleses se les debe...

—Es claro, ¡para eso son ingleses!

Quien más quien menos, pocas son las personas de viso que no tienen un poco de papel del Estado, aunque no sea más que para que no digan.

Son tan indispensables en toda casa regular unas cuantas láminas de la serie A ó de la serie B, como lo eran en tiempos un cinturón ó un puchero repletos de onzas.

A esto se debe que nos tropecemos por ahí á tanta gente ilustrada... con láminas de las sudichas.

Hay madres de familia incapaces quizá de cortar una camiseta para el niño, y muy peritas, en cambio, para cortar el cupón á fines de cada trimestre.

El instinto de la mujer es muy á propósito para las combinaciones bursátiles y muchos hombres de negocios, antes de realizar cualquier compra, venta ó permuta de valores consultan el caso con sus perspicaces mujeres verdaderas Sibilas de aquellos Saules y ninfas Egerias de semejantes Numa Pompilios.

—¿En qué empleamos este dinero?

—Compra Cubas.

—Mujer ¡qué disparate!

—Me ha dado el corazón que van á subir.

—¡Qué han de subir las cubas! Todo el mundo las pone abajo, en la bodega ó en el sótano.

A veces los niños de la casa oyen este género de conversaciones y se quedan embobados ante el superior *chirumen* y agudo talento de sus papás.

—¿No te parece—dice la esposa—que se ía acertado cambiar de papel?

—¿En qué te fundas?

—En que esto se va: el Gabinete durará poco y teniendo otro papel, papel extranjero, todo podría tenernos sin cuidado.

—Bien; se lo diré al agente y...

—Oye, papá—interrumpió la niña:—¿me dejarás elegir las cenefas?

—Las cenefas. . . ¿qué dice esta chica?

—Como habláis del Gabinete y de cambiar el papel ¡pensé que íbais á empapelar otra vez el gabinete!

En esta y otras casas por el estilo, produjo honda sensación la última crisis bursátil.

—Hace tiempo que no se oye hablar de petardos.

—Ayer estalló uno en la bolsa.

—¿También de forma cilíndrica?

—No señor; este ha sido de forma telegráfica: un despacho de Lisboa, que hizo bajar en dos minutos todos los valores.

—Cosa que á V. bajista empedernido, le causaría satisfacción completa.

—Sí, señor: ya sabe Vd. mi sistema; partidario siempre de la baja en la Bolsa y del alza en todo lo demás.

—Del alza ¿eh?

—Sí señor: del ¡Alza pilili!

Más bien que digno de envidia, debía de ser digno de lástima el tenedor de papel á quienes el azar puede en un segundo hacer rico, ó dejarle en la calle, según caen las pesas.

¿Que á Rostchild le ha salido un panadizo? Pues ya están las Bolsas y Bolsines europeos bajando á todo bajar. ¿Que en la Bolsa de París han tomado portero nuevo? Vuelta á subir los valores como la espuma. ¿Que Bismarck ha dicho que iba á poner un comunicado en los periódicos? Espectación general y paralización de todas las transacciones bursátiles, rentísticas y financieras.

—Desengáñese V.—decía un bolsista:—para figurar algo en esta sociedad, por fuerza hay que ser tenedor.

—¿Qué quiere V. le respondían:—yo prefiero vivir tranquilo, aunque no sea más que media cuchara.

Si tras la baja que pasó y las bajas que anuncian los pesimistas, llega á vías de hecho el proyecto de impuesto sobre la renta, los poseedores de papel del Estado pueden ir pensando en dedicarse á otra cosa.

—Si señor—decía un hombre de negocios—al fin se saldán con la suya, con el *income tax*.

—¿*Income tax*? Palabreja mal sonante; se parece á «cometas», que son estrellas de mal augurio.

—Ya puede V. decirle. Se trata de darnos la puntilla á los prestamistas del Estado, después que hemos sacado de apuros á la nación.



—¡Oh; ingratitud! Y ¿más es el proyecto?  
—El de crear un impuesto sobre la renta...  
Sobre la renta líquida.

—Entonces no va con nosotros; allá se las  
hayan los vinicultores, los oliváneros y demás  
negociantes en caldos.

LUIS ROYO VILLANOVA.



## DIALOGO TRASCENDENTAL

—Oigame usted, caballero:  
aunque me ve de esta facha,  
por una muchacha muero.  
—Bien ¿y qué?

—Toma, que quiero  
obsequiar á mi muchacha.  
—Cosa muy puesta en razón.  
—Sí, señor; pero es el caso  
que yo soy un pobretón  
y pido á usted su opinión  
para salir bien del paso.  
—Dispense usted, caballero,  
pero hay en estas cuestiones  
una axioma verdadero:  
que no teniendo dinero  
estorban las opiniones.  
—Es que yo no he dicho tanto...  
—Veamos.

—Yo traigo aquí  
unos cuartitos, y cuanto  
se pueda... en fin...

—Por Dios santo,  
¿quién no empieza por ahí?  
—Es que yo tengo mi idea.  
—Ya comprendo. Bueno, ahora  
escoja usted lo que crea  
más digno, y lo que desea  
regalar á esa señora.  
Justamente, no se ven  
como ésta, dos ocasiones.  
Como prueba, observe bien  
estas novedades en  
la sección de confecciones.

Vea usted esta manteleta:  
seiscientos ochenta reales;  
no rebajo una peseta.  
Y ¿qué tal esta chaqueta  
por veinte duros cabales?  
—Bien, pero...

—Vamos á ver;  
¿quiere usted un traje?

—Hombre, sí.  
—Pues a ¡uí puede escoger,  
porque debe usted saber  
que no hay gangas más que aquí.  
¿Qué tal, eh?

—Ninguno es feo.  
—¡Vaya! ¡Si esta casa tiene  
de lo mejor!

—Ya lo veo.  
—¿Qué? ¿le gustan?

—¡Ya lo creo!  
—Vea usted cuál le conviene.  
—¿Cuánto cuestan?

—Mire usted:  
de setecientos cuarenta  
á mil quinientos.

—¿Sí, eh?  
En tal caso, compraré,  
pero no pago la cuenta.

—Siento tener que decir  
que le niego ese favor.  
—Por no darle qué sentir  
bueno será prescindir  
de los trajes. Es mejor.  
¡Nada de seda y de raso,

que eso cuesta un dineral,  
y el caso es salir del paso!  
—Lleve usted, en ese caso;  
una bata de percal.  
Tenemos claros y oscuros  
y esto, si no me equivoco,  
no ha de meterle en apuros.  
—¿Cuánto?

—Dos á siete duros.  
—¡Ay! Pues no puedo tampoco.  
—Entonces... usted dirá,  
porque, á la verdad, no sé  
lo que he de enseñarle ya.  
Lo que pida se traerá,  
con que decidase usted.  
—Hombre, aquí la gran cues-

tion  
es que, con mucho ó con poco,  
vea en pruebas mi pasión  
la reina del corazón,  
por la cual me vuelvo loco.  
Y como el amor se prueba  
de muchos modos, no creo  
qué á desairarme se atreva.  
¡La intención con que se lleva  
es lo que vale, y *laus Deo!*  
Quiero hacerla una merced,  
pero estoy de capital  
pegadito á la pared...

—¿Y qué?  
—Nada, deme usted  
un par de ligas de á real...

SINESIO DELGADO.

## LAS RUINAS ENCANTADAS

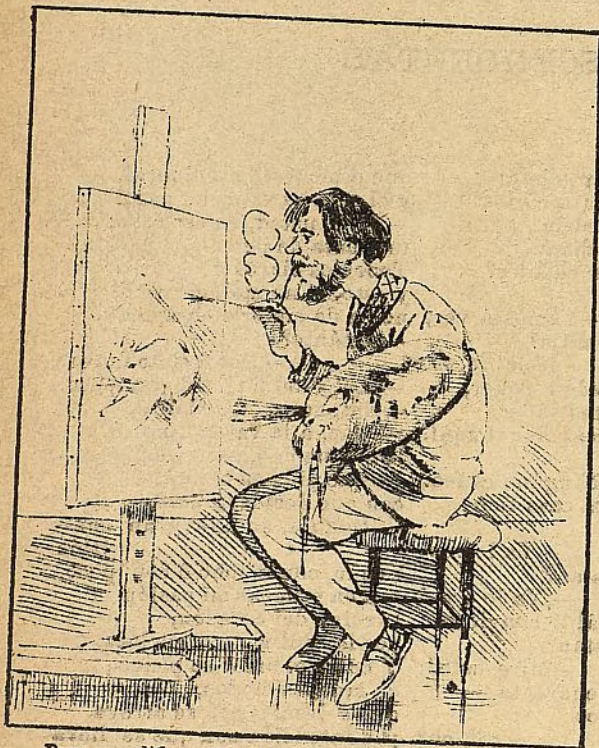
Al pié de un escueto monte  
de aspecto sombrío y triste,  
que se halla de la provincia  
de Toledo en los confines,  
sin árbol que los adorne  
y sin mortal que los cuide,  
se encuentran los paredones  
del casón de San Felipe,  
que dió albergue en la Edad  
[Media  
al Conde del Aguachirle,  
señor de grandes riquezas

y no pequeñas narices.  
Allí vivió largos años  
(«muchos años» decir quise,  
que en cuanto á largos, son to-  
[dos  
lo mismo, aunque los estiren),  
y allí pasó en calma siempre  
horas alegres y tristes,  
en compañía de un aya,  
dos secretarios, tres pinches,  
un par de gentiles hombres  
y otro de mozas gentiles,

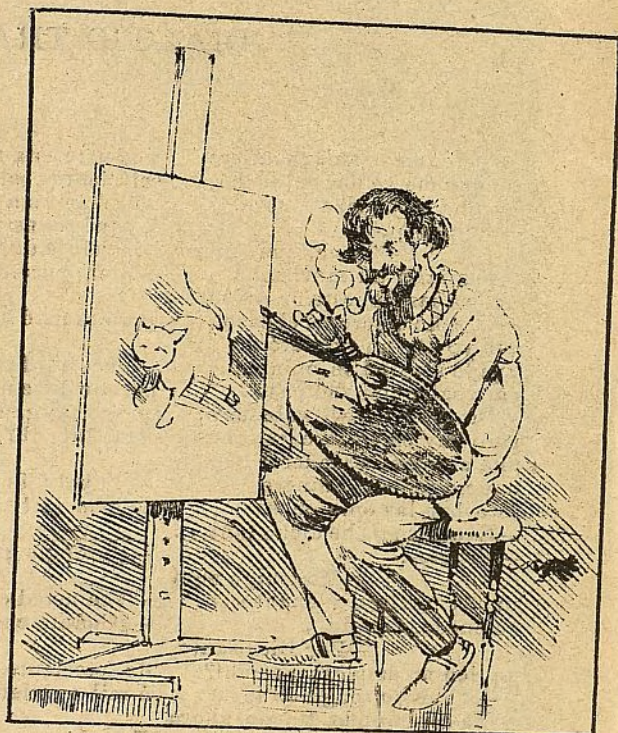
amén de un perro faldero,  
seis caballos, dos mastines,  
dos mirlos, un gato idiota  
y otro gato ingerto en lince.  
A nadie inspiró cariño,  
todo le importó un ardite,  
y dentro de un cuerpo hermoso  
encerraba un alma horrible,  
que por su gran indolencia  
logró sólo distinguirse;  
pues todos los que observaron  
al Conde del Aguachirle



¡LO QUE TIENE EL PINTAR BIEN! POR CILLA.



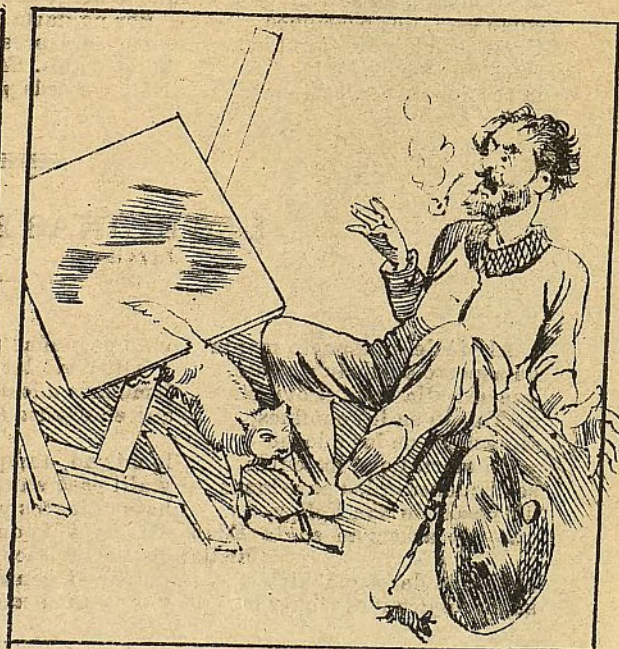
Pues sucedió que Manolito Gonzalez, gracioso él y an dalúz él, pintó un día un gato;



el cual le quedó tan bien, tan bien, que parecía vivo.



¡Vaya si parecía vivo!



tan vivo que...



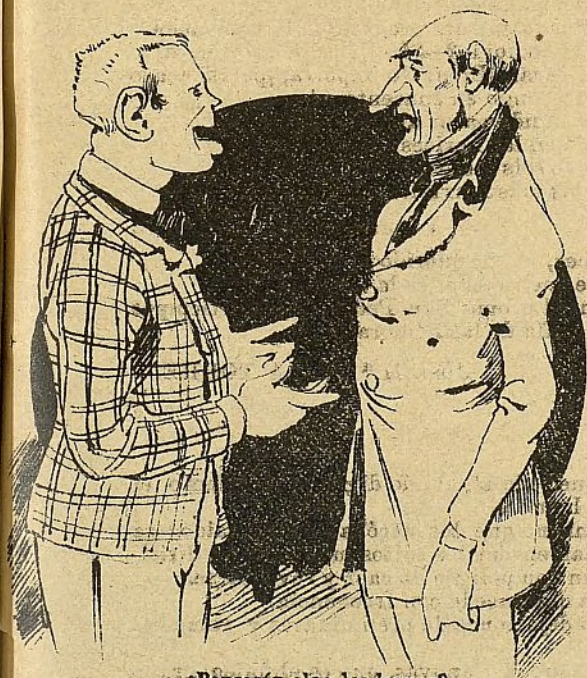
CHIRIGOTITAS, POR MECACHIS.



—¿Un duro? Lo siento, hijo, lo siento pero no puede ser.  
 —Pero, hombre; un duro se le presta á cualquiera.  
 —Pues por eso mismo; porque siendo tan amigos como somos ¡no voy yo á considerarte á tí como á un cual-quieral!



—¿Por qué le llamas tú á la criada *salero y cara de cielo*, papá?  
 —Para reprenderla, hijo mío, para reprenderla.  
 —Pues entonces debías reñir á D. Manuel; porque siempre que tú no estás en casa, reprende á mamá.



—¿Pensarán algo los burros?  
 —¡Qué pregunta, Nicanor!  
 Pensarán... burradas.—Eso... eso mismo pienso yo.



—Me ha dicho tu profesor que no le has contestado nada en todo el curso; de modo que ahora piensa suspenderte.  
 —Bueno; pero yo no le he contestado nunca porque recuerdo lo que Vd. me tiene dicho: que á los superiores no se les contesta.



aseguran, y yo tengo  
por muy cierto lo que dicen,  
que, desde que vino al mundo  
hasta despues de morirse,  
no se ocupó en otra cosa  
que en rascarse las narices;  
y hasta tal punto este vicio  
en él arraigado habíase,  
que la cara del buen Conde  
llegó á ser la *vera efígie*

de un queso de bola, de esos  
que, al mirarlos, se destiñen.  
Pues bien; aunque murió aquel  
modelo de Condes simples,  
y pasaron muchos años  
y el tal castillo deshízose,  
tan rara es la propiedad  
que en aquel paraje existe,  
que aun ahora mismo, según  
la fama pregonada y dice,

todo el que va á ver las ruinas  
del casón de San Felipe,  
y respira los miasmas  
que sus escombros despiden,  
al punto se ve atacado  
de un deseo irresistible  
de echarse mano á la cara  
y rascarse las narices,  
con idéntico entusiasmo  
que el Conde del Aguachirle.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## INJUSTICIAS

Era tan bella, que sus ojos garzos  
envidia daban á la mar inmensa  
y al firmamento azul, á quien robaban  
la luz de sus estrellas.

Rubia, delgada, blanca y adorable,  
como suelen gustar á los poetas...  
y á los que no lo son, porque estas cosas  
le gustan á cualquiera.

Yo no sabré decir si eran sus dientes  
trozos de nácar ó brillantes perlas,  
ni si sus labios eran dos corales  
ó dos tempranas fresas;

pero es lo cierto que la hermosa Pura  
era de lo mejor que se pasea,  
siendo encanto y asombro de las gentes  
su mágica belleza.

Pura como su nombre, nadie pudo  
manchar ni de palabra su inocencia;  
que el fúlgido esplendor de su mirada  
paralizó las lenguas.

Sólo tuvo un amor, que fué tan puro  
como el púdicó amor de la azucena,  
ó más puro quizás, porque las flores  
se agitan y se besan.

Desde su cuarto piso hasta la calle,  
cruzó suspiros y palabras tiernas  
con un galán, que no la tuvo nunca  
ni á dos varas siquiera.

Duraron sus amores pocos días,  
pues vió la niña su esperanza muerta  
y adquirió la infeliz un mal del pecho

que concluyó con ella.

La enterraron cubierta de jazmines  
y entre gasas de clara transparencia  
y plantaron rosales en su tumba  
y nardos y violetas.

Cruzó su alma el anchuroso espacio,  
detúvose del Cielo ante la puerta,  
que San Pedro le abrió de mala gana,  
según costumbre añeja.

Como el Santo Varón conoce mucho  
á todos los que viven en la tierra,  
tenía á Pura en el mejor concepto  
por su virtud inmensa.

Pero quiso la suerte malhadada  
que el venerando Apostol estuviera  
todo el tiempo que Pura tuvo novio  
en cama con viruelas.

—¿Puedo entrar? preguntóle la muchacha.

—¿Tuviste novio?—Sí—Pues, nada. ¡Fuera!

—¡Fuí pura!—Bien. No importa; ¡por si acaso  
te pongo en cuarentena!

Y la mandó pasar al purgatorio,  
dándole en las narices con la puerta  
y la tuvo seis meses padeciendo  
las más horribles penas.

... ..

¿Sabes, lector querido y respetable,

de este cuento cuál es la moraleja?

¡Que ni el propio San Pedro en estos tiempos

se fía de las hembras!

José M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## RIPIOS VULGARES. (1)

### XI.

Hay quien dice que la afición especial que  
tiene D. Antonio á componer sonetos, nació  
precisamente de su soberbia.

Como ha oído que es la composición más  
difícil, se empeña en vencer las dificultades

para que todo el mundo diga: ¡qué talento el  
de ese hombre!

Lo mismo que los acróbatas presumidos se  
empeñan en dar los saltos más raros y difíci-  
les, aún con peligro de caer y reventarse.

Cosa que sucede con frecuencia.

Pero dejémonos de preliminares y vamos al  
grano.

Es decir, á Cánovas, que es el único grano  
que molesta al país en el presente momento  
conservador, como diría cualquier Fabié ba-  
rato.

Al país y á la literatura.

Porque, si como grano político es D. Antonio

(1) De el libro de este título, que hace pocos días se ha puesto á la venta.



un divieso inaguantable, como grano literario es verdaderamente un carbunco.

Por eso le ando yo saizando y quemando un día y otro.

¡Y vaya si se quema D. Antonio con estas cosas!

Como que su soberbia literaria es mayor, si cabe, que su soberbia política, tan ponderada de todos.

Y sin embargo...

Tiene D. Antonio un soneto que dice:

«Ni hojas ni flores en el valle herido...»

¿De bala? ¿O de pedrada, como lo fué un Gobernador de Madrid en cierto motín de las cigarreras, cuando le llevaron á curar á la Veterinaria?

Verdad es que, tratándose de un valle, no parece que le cuadra ninguna de esas heridas: ni la de amor.

Pero, en fin, D. Antonio llama *herido* al valle, y él sabrá por qué... O no lo sabrá, pues en D. Antonio no es raro el no saber por qué hace las cosas.

Ante todo, hay que decir que el soneto de D. Antonio se titula *Noche de Estío*, y que después de lo del *valle herido*, dice:

«De Agosto, hallaba la mirada mía...»

¿De Agosto? ¿Y cual es el valle de Agosto? ¿O es la herida la que es de Agosto? ¿O es la mirada del autor? Si es esta última, es una adulación de D. Antonio á su mirada, que ya no es de Agosto, sino de Diciembre.

Y sigue:

«Ni entre sus vientos...»

¡Hombre! *Sus vientos*, en plural... ¿Se trata de algún perro de caza? Porque de estos animalitos se suele decir que tienen buenos vientos... Y si se trata de eso, sáquele Vd. pronto, á ver si rastrea y descubre la inspiración de usted, que no se ve por ninguna parte.

Y además, ¿de quién son los vientos, de la mirada, de Agosto, del valle, de las flores ó de las hojas?

Porque todo se debe saber, señor Cánovas.

«Ni entre sus vientos...

(Sean de quien fueren.)

Ni entre sus vientos cálidos venía,

Risa ó lamento á estremecer mi oído.»

Usted si que estremece á los lectores con esas risas y esos lamentos inesperados.

Vamos al segundo cuarteto:

«Sólo cuando inundaba el adormido Cielo...»

¡Qué atrocidad, señor D. Antonio! ¡Mire usted que inundar el cielo!... Sería una inundación mucho mayor que la de Murcia...

No, señor D. Antonio: el cielo no se inunda, aunque esté dormido... que no lo está... Y todo eso es intriga de Vd., que ha querido producir otra inundación en el cielo, para ver si le hacían también presidente de la Junta de socorros. Por presidir una Junta más.

Decía V. que:

«Sólo cuando inundaba el adormido

Cielo, la luna en plácida alegría,

Al puro rayo de su *lumbre abría*...

(«*Lumbre abría*» ¡Esta sí que es melodía!)

El pecho lleno de quietud y olvido...»

¿Y qué quiere decir todo eso? ¿Que por la noche descansaba Vd...?

Pues ni eso tiene nada de extraordinario, ni pudo Vd. haber encontrado manera más cursi ni más revesada de decirlo.

Porque eso de abrir el pecho á la *lumbre*... Y todo, hombre, todo... todo eso es muy malo. Es verdad que peor es lo que sigue:

«Mas por acaso, al claro de la luna,

(Otra vez! ¡Qué importuna!)

Te hallé, y volando de tus dulces ojos

(¡El diablo son los cojos!)

No sé que vino á herir mi pecho abierto

(Pues haberle cerrado! ¡Si por cierto!)

Y si no, no haberle abierto á la *lumbre* de la luna. Así como así, fué una abertura bien ridícula y bien dura aquella.

Pero acabe Vd.:

«Que es otra desde entonces mi fortuna,

Y no hallo flores, pero encuentro abrojos...»

Siempre es una ventaja.

Y una imitación.

Porque lo mismo le pasa al que por descuido, ó por tener que ejercer la crítica, se pone á leer un soneto de usted.

No halla flores, pero encuentra abrojos.

O ripios, que son los abrojos de la literatura.

El último verso del soneto dice:

«En vano anhelo el corazón deshecho.»

Fuera de que es consonante de *pecho*, no se ha podido hallar el parentesco de este verso con los anteriores.

Parecidos sí le tienen todos en lo malos, pero lo que es parientes no se ve que lo sean.

Porque, ¿qué puede tener el corazón deshecho en vano anhelo, con los abrojos que encuentra D. Antonio, ni con las flores que no encuentra, ni con que su fortuna sea otra *desde entonces*?

Es decir, desde que halló D. Antonio no se sabe á quién, que volando de los dulces ojos, no se sabe de quién, aunque no sería seguramente de los de D. Antonio, porque no son dulces, *no sé qué* vino á herir su pecho abierto.

Y ahora falta la fecha, que no deja de tener importancia.

En los sonetos de D. Antonio, no hay una palabra ni un detalle que huelgue... más que los restantes. Como que todo está en ellos igualmente de sobra, el soneto inclusive. Todo es puro ripio... Menos alguno que otro ripio impuro, que también se encuentran.

Pero todo, en los sonetos de D. Antonio, conspira en favor de la maldad del conjunto.

Al revés de lo que dice la Sagrada Escritura de los predestinados, que todas las cosas se les disponen para su bien, en los sonetos de D. Antonio, réprobos *a natiuitate*, todo está dispuesto para el mal, para que sean detestables, del título á la fecha.

¡La fecha!

¿Pero de dónde dirán ustedes que es natural este soneto de D. Antonio?...

De Colmenar Viejo.

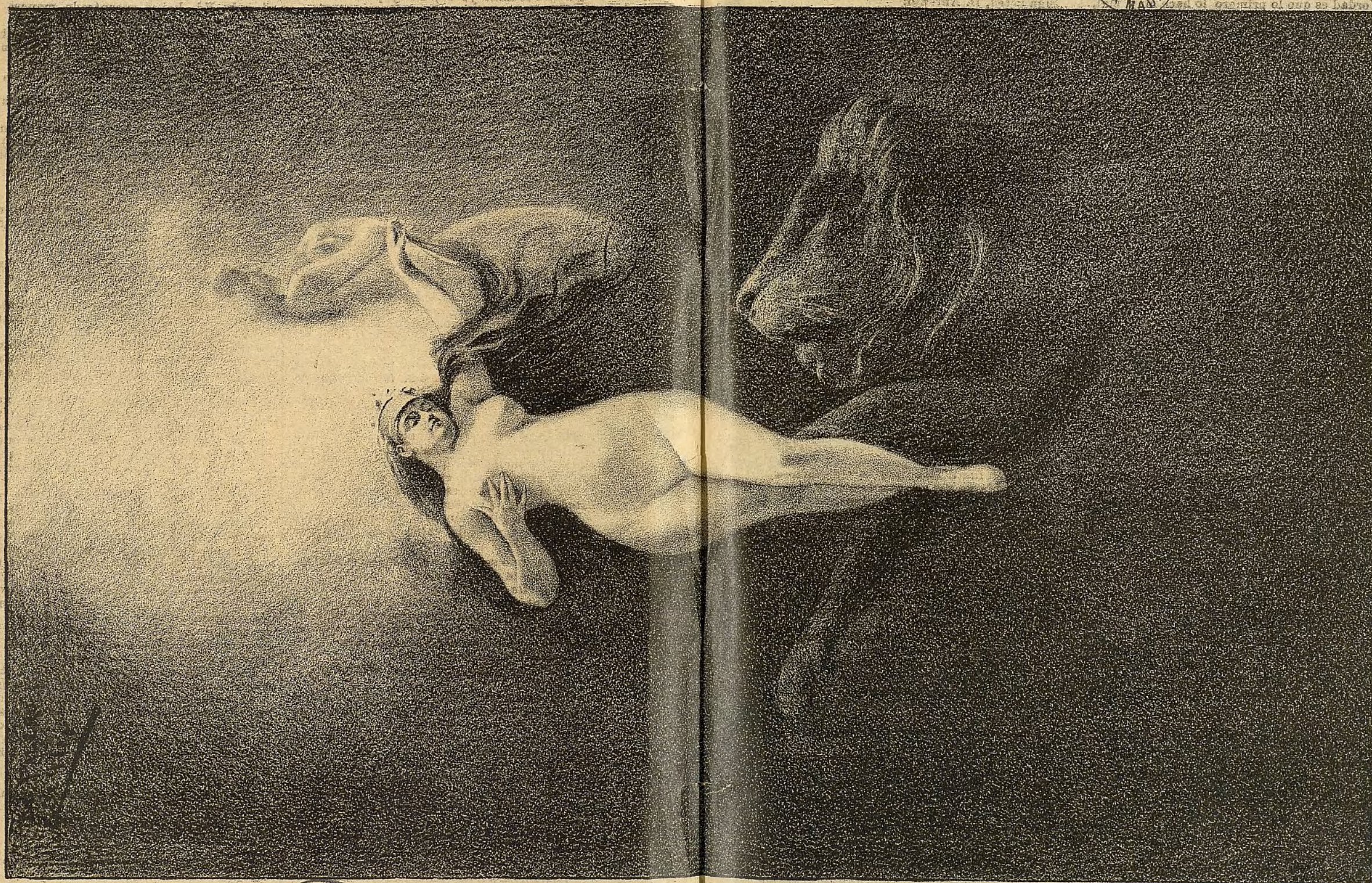
Por eso embiste.

Y continúan los sonetos de D. Antonio.

¡Vaya si continúan!

Como que este D. Antonio es incansable en





CABELLERA DE BERENICE  
(Cuadro de Falcó.)





dos cosas principalmente: en gobernar y en hacer sonetos.

Verdad es que lo primero lo hace muy mal, pero lo segundo lo hace peor, si cabe, y váyase lo uno por lo otro.

Pues además del soneto de Colmenar Viejo, tiene otro *A Francia* y otro *A Italia*... y en fin, que D. Antonio ha hecho sonetos malos á todos los países.

Pues bien, ó si no, pues mal, porque realmente es un mal que Cánovas haya hecho sonetos.

Pero, bien ó mal, iba á decir que todavía tiene D. Antonio otro soneto que también es de país, y también es malo.

Aunque esto último no hacía falta decirlo.

A este soneto le puso D. Antonio por epigrafe *A Roma pagana*; pero en esto debe de haber error de imprenta... Milagro será que donde dice Roma no debiera decir España, que es la verdadera *pagana* de todos los desatinos y torpezas de D. Antonio, en todos los ramos del saber, ó del ignorar, si se quiere.

Pues sí; creo que donde dice D. Antonio, al empezar su mala obra, *A Roma pagana*, debiera decir *A España pagana*.

Aunque también creerán ustedes que si este soneto de D. Antonio es como los otros, lo mismo da que diga en el título *A España* que *A Roma*; porque luego en el cuerpo del delito, digo del soneto, ha de salir por donde le dé la gana, y ha de dar por las paredes de seguro.

En fin, buen ánimo, y arrostrémos valerosamente... Aprenda el Sr. Grilo la significación del verbo arrostrar. Arrostrémos valerosamente la acometida poética de D. Antonio.

Aquí está:

«Tiempo ha, Roma, que el águila reposa  
En la yerba...»

¡Bah! ¡D. Antonio! El águila no reposa en la hierba. ¿Cree usted que el águila es algún borrego conservador, como los que usted apacienta en el presupuesto?

Repita usted:

«Tiempo ha, Roma, que el águila reposa  
En la yerba que afrenta tus colinas,  
Y en vano dan perennes las encinas...»  
(*Bellotas al poeta que te acosa.*)

Supongo que dirá usted esto en el cuarto verso, aunque todavía no lo he leído.

Porque ¿qué otra cosa va usted á decir de las encinas? ¿O para qué las ha traído usted á colación, si no ha sido con la idea de comerse el fruto? ¿Para servir de consonante á las colinas?

¿A ver qué más?

«Y en vano dan perennes las encinas  
*Civil honor á tu virtud ociosa.*»

¡Ah! ¿Con que civil honor? ¿Y qué ha querido decir Su Monstruosidad con eso de la *virtud ociosa* y el *honor civil*?...

¿Qué, no lo sabe usted?... Lo suponía, porque ya no es la primera vez que usted dice lo que no sabe, ó no sabe lo que dice, que viene á ser lo mismo.

A bien que la *virtud ociosa* debe ser una virtud así como la de los liberales conservadores, que, al mejor de ellos, no tiene el diablo por donde desecharle.

¿Y el *honor civil*? ¿Es porque hay también *honor criminal*?

Siga usted, D. Antonio:

«¡Quién fuera el Tiber!...»

¿Qué deseos más raros tienen estos monstruos! Especialmente cuando van siendo viejos.

¡Vaya! Es que lo que no se le antoja á don Antonio no se le antoja al diantre.

Ya se ve. Como ha dado la casualidad... porque no cabe duda de que la casualidad es la que lo ha dado... Como ha dado la casualidad de que ha sido ya todo lo que hay que ser, desde mal poeta hasta presidente del Consejo de Ministros, se conoce que alguna vez se echó á discurrir y dijo: ¿Qué podría ser yo ahora?... Pues río, río Tiber.» Y ¡zas! en seguida fué y encajó en un soneto «¡Quién fuera Tiber!...»

Al cabo, más vale que D. Antonio quisiera ser Tiber que no Lozoya, pues ya se comprende que D. Antonio, de ser río, iría casi siempre turbio, y si hubiera querido ser Lozoya nos fastidiaba.

Aun cuando no lo hubiera sido.

Con sólo que hubiera tenido Cánovas el pensamiento de ser Lozoya, no volvía yo á beber agua en mi vida. ¿Quién resistía al pensamiento de estar bebiendo á D. Antonio con todos sus ripios?

Pero vamos á ver para qué quería D. Antonio ser Tiber:

«¡Quién fuera el Tiber, que te vió gloriosa,  
Y enturbia ya las aguas cristalinas...»

Es decir, que D. Antonio quería ser Tiber precisamente para enturbiarse... ¿No lo decía yo?... Si se le conoce en seguida.

Por eso en cuanto sube al poder enturbia el país.

«¡Quién fuera Tiber que te vió gloriosa  
Y enturbia ya sus aguas cristalinas,  
Por no mirar en ellas tus ruinas,  
Si en sus calladas márgenes rebosa...»

(*Este verso es un ripio... Y á otra cosa*)

Por ejemplo, á los tercetos de D. Antonio, que comienzan así:

«De tu espléndido manto los girones  
Algún viandante observa *en paso tardo*...»

¿Por fuerza ha de ser en *paso tardo*?... Ya nos dará el consonante siguiente la explicación de esta tardanza.

«De tu espléndido manto los girones  
(*Eso va en opiniones.*)

Algún viandante observa *en paso tardo*,  
(*Para luego te aguardo.*)

Quando deja que luzca el sol la niebla...»

¡Es que está usted muy desdichado, señor D. Antonio!

¿Quando deja que luzca el sol la niebla!

¿Le parece á usted?...

¡Si ahí, sobre ser ripio la niebla y el sol y todo el verso, la expresión es de lo más pobre y de lo más trabajoso que se ha visto!

Pero vamos. Y cuando la niebla deja que luzca el sol, y el viandante observa *en paso tardo* los girones... ¿qué pasa?

Acabe usted:

«Y oye en tanto las *roncas* oraciones

Con que á morir te ayuda el *monje pardo*...»

¡Ajaja! Ya pareció aquello... Aquello del *paso tardo* del viandante, á quien D. Antonio



prohibió severa é irracionalmente (como él suele prohibir las cosas) caminar de prisa.

Sólo para que el *paso tardó* concertara con el monje *pardo* que quería poner después.

Pero diga usted, D. Antonio: ¿de dónde ha sacado usted ese *monje pardo*? ¿O quién le ha dicho á usted que los monjes son *pardos*?... Pues no señor; no lo son ni lo han sido nunca.

Usted, pobre D. Antonio, confunde los monjes con los frailes... que son los *pardos*, por el hábito; pero que no son monjes. Es verdad que usted dirá, como el palurdo que confundía á

Neptuno con Adam: para mí todos son profetas.

Pero, aun perdonando la confusión que es de *pópulo*... liberal, no deja de ser un disparate lo del *monje pardo* ayudando á bien morir á *Roma pagana*.

¿Cree usted, Sr. D. Antonio, que en *Roma pagana* había monjes ni *pardos* ni *negros*?

Y además. ¿Por qué habían de ser *roncas* las oraciones del *monje pardo*?

¡Vaya con los sonetos de D. Antonio!

ANTONIO DE VALBUENA.

## UN CAPRICHO

Amantes Juanita y Blás se unieron en himeneo, y lo que es si él era feo, ella lo era mucho más.

Los dos en feos desputan y se casaron los dos, por aquello de que *Dios los crea y ellos se juntan*.

Ella dulce, él sonriente, y teniendo lo preciso, su casa era un paraíso sin manzana y sin serpiente.

El contento y ella ufana chupándose la gran breva, vivían Adán y Eva...

quiero decir, Blás y Juana.

En el colmo del placer Juanita y Blás se querían tanto, que no parecían... vamos, marido y mujer.

Ella en santo amor se abraza: por trabajar se deshace, haciendo... lo que no hace una mujer que se casa.

Nunca sus sueños queridos vino la duda á turbar. ¡Era imposible encontrar dos feos más avenidos!

También ella de igual modo se mostraba complaciente y á su Blas, era corriente, que le daba gusto en todo.

Sin rencillas ni pesares seguía sus opiniones.

¿Decía *nones*?... Pues *nones*.

¿Decía *pares*?... Pues *pares*.

Nunca echó por el atajo en su marcha sin igual. ¡Juana era ministerial y de la vuelta de abajo!

Mas, sus amantes deseos pronto turbó la cizaña.

¡Nada es eterno en España!

¡Ni aún un destino en Correos!

¿Cómo nacieron los males?...

Fácilmente se denota.

Juana quiso una *capota*

que costaba cien reales.

Blás le negó aquel favor, y á ello Juana no se aviene, ¡que una fea también tiene su *pizca* de pundonor!

Era el capricho sencillo

y era Juana caprichosa...

¡La mujer, de cualquier cosa

nos levanta un caramillo!

Hizo Blás de terco alarde

y había entre Blás y Juana

sombrero por la mañana

y sombrero por la tarde.

¿Qué es el goce placentero?...

¡Sombra!... ¡Ligero vapor!...

¿Qué es lo que vale el amor?...

¡Cinco duros!... ¡Un sombrero!...

Con empeño decidido

Juana una noche salió

y la *capota* compró

con dinero del marido.

La *capota* era preciosa

y Blás, indignado, grita

que una cosa tan bonita

hace á una fea horrorosa.

Blás la estrujó enfurecido

y tanto el rubor le ultraja

ante el sombrero de paja,

que se lo hubiera comido.

Juana grita: «¡Dios clemente!

¿Yo fea?.. ¡Lamuerte invoco!...»

Y ella murió poco á poco

y él se murió de repente.

Y se apagaron sus gritos

y hubo al fin que sepultarlos,

y es fama que al enterrarlos

lloraban los angelitos.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## NOSCE TE IPSUM.

Don Hermógenes el de Moratín lo hubiera dicho en griego para mayor claridad:

—*Gnoti seauton*.

El problema de conocerse á sí mismo es uno de nuestros «más arduos y trascendentales problemas.»

Hay jentes que han llegado á la madurez de su edad y al pleno goce de sus derechos civiles y políticos, y no sabrían qué contestar á un alcalde, ó cosa así, que les preguntara, como el de *Sueños de oro*:

—¿*Sois mujeres ú civiles?*

Y este desconocimiento del *yo* lo han padecido hombres que llenan páginas y más páginas en la historia de la humanidad.

Nerón murió diciendo:

—¡Qué artista pierde el mundo!

Pocos hombres tan acertados al definirse á sí mismo; y sin embargo, Nerón no acertó más que á medias. El se tenía por un gran artista lírico, y la posteridad conserva efectivamente su recuerdo como el de un gran artista... piro-técnico.

Carlos V acabó en Yuste la carrera de su vida, persuadiendo á los monjes que le rodea-



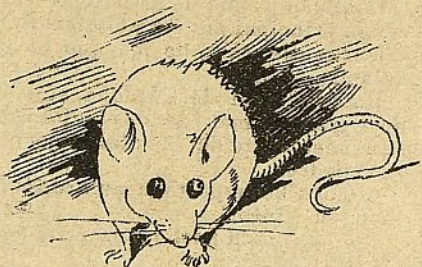


—Usted dispense, prenda, pero... ¿no es Vd. de Zamora?  
—No señor; pero según y para lo que sea... como si lo fuera.

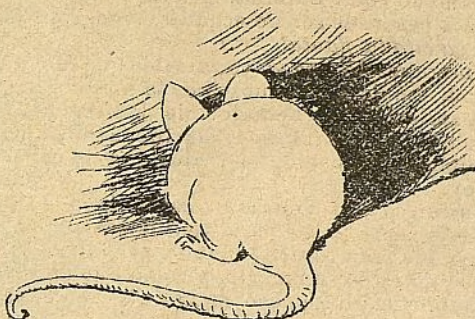




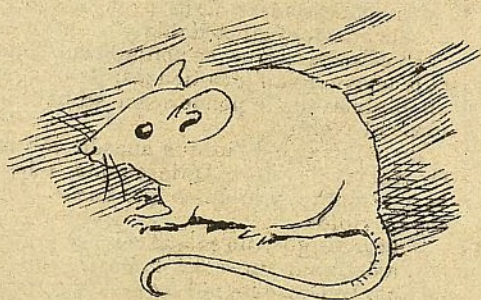
DRAMAS ÍNTIMOS, POR LAGO.



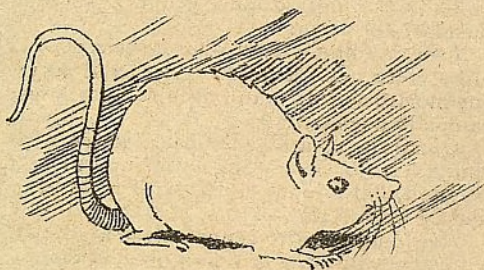
¿Dónde comeré yo hoy?



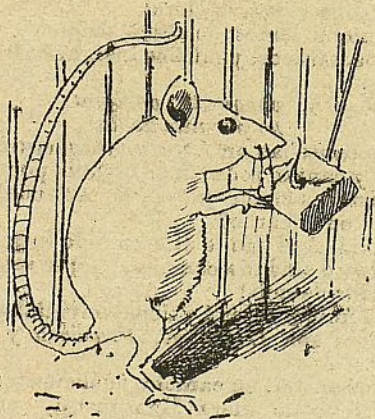
¡Siento un tufillo de tocino!..



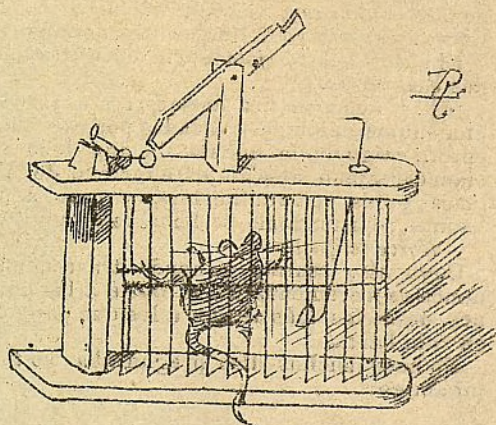
Y me parece que es por aquí.



¡Calle! no que es allá.



Por probar nada se pierde.



¡Justo castigo á su incontinencia!



ban, no de su gran superioridad como político, sino de su admirable maestría como relojero.

Todo el orgullo de Federico el Grande se cifraba en tocar deliciosamente la flauta. Las consecuencias de la batalla de Rosbach y de su amistad con Voltaire le tenían sin cuidado.

—En cambio,—solía decir,—mi nombre irá perpetuamente unido á la historia de ese melodioso instrumento.

¡Y esta es la fecha en que el mismísimo maestro Valverde, el compañero de Chueca y hermano de doña Balbina, ignora semejantes datos, á pesar de ser un erudito monografista de la ya citada flauta!

El marqués de Bogaraya, alcalde que fué de Madrid, emula entre nosotros la noble y honesta ambición de Federico de Prusia; y lo cierto es que una flauta es harto más difícil de manejar que el bastón del alcalde y el cetro del rey.

Rossini, por el contrario, entendía que es menester más pulso para tener la sarten del mango que para tocar el piano ó el violín.

Poco antes de su muerte, y como uno de sus aduladores le dijese poco menos que con él se acababa el arte, respondió con escéptica sonrisa:

—Lo que se acaba conmigo es la receta auténtica de los macarrones.

Newton, en vez de envanecerse por haber descubierto la ley de la gravedad, se vanagloriaba de su destreza en preparar los huevos pasados por agua.

Y ya que hablo de huevos de esta clase, ¿cómo olvidar que Carlos III cifraba el mayor de sus méritos en la manera de romper la cáscara con la cucharilla?

¡Quizás estas aplicaciones del *nosce te ipsum* son las mejores pruebas de la superioridad de Newton, del talento de Rossini y de la seriedad de Carlos III!

Otros han muerto ignorándose á sí mismos.

Los cervantistas nos han presentado á Cervantes, filósofo; Cervantes, político; Cervantes, teólogo; Cervantes, náutico; Cervantes, administrador militar; Cervantes, economista; Cervantes, cosmógrafo; Cervantes, arabista; Cervantes, cinegético; Cervantes, gastrónomo; Cervantes, idealista; Cervantes, naturalista; Cervantes, liberal y demócrata; Cervantes, inspirador de *El Siglo Futuro*; Cervantes, propagandista de *La Risa*; Cervantes, agente de *The Funerary*; Cervantes, librepensador; Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento...

El autor del *Quijote* murió en ayunas de todas esas cosas.

¡Ah! No cogería tan de sorpresa á Castelar una enumeración de calidades por ese estilo; pero... caigo en la cuenta de que debo permanecer ajeno al «candente terreno de la política y las personalidades», y paso á otro asunto, repitiéndome el lema de estas líneas:

—*Nosce te ipsum.*

Cuyo alto sentido y honda trascendencia nunca se recomendarán bastante á los humanos, desde los más altivos á los que pescamos en ruin barca.

No hace muchos días preguntaba yo á un mi amigo:

—¿Te gusta Chateaubriand?

Y me respondió:

—Sí; lo como muchos días en Fornos para almorzar, unas veces con trufas y otras con patatas.

Esta clase de gloria póstuma no la previó el autor de las *Memorias de Ultratumba*... Ya la quisieran para sí muchos literatos ilustres de ogaño, á quienes nunca podremos tragar ¡aunque nos los sirvan en Fornos con trufas ó patatas!

Cualidad propia de artistas es el desdén hacia su principal mérito y el afán de lucir otros talentos distintos de los que el público les aplaude.

Rafael—no el de Córdoba, sino el de Urbino,—gustaba más de los elogios otorgados á sus sonetos que de las alabanzas otorgadas á sus cuadros.

A Goya le importaba un ardite que le diesen: ¡Mal pintor!

Pero se ponía hecho una furia si alguien le decía:

—Usted no entiende una palabra de toros.

Algo análogo es lo que ocurre á Alfredo Perea.

—¡Qué mal dibujas!—le digo yo, aparentando sinceridad, y se queda tan fresco.

—Pero consuélate, le digo después, porque lo que es en el dominio, todavía eres más torpe.

Y el amigo Alfredo, hecho una furia, me tira inmediatamente á la cabeza el seis doble, el seis cinco, el cinco doble y el seis cuatro.

El célebre Ingres se ponía hecho una furia si le encomiaban sus lienzos; pero agradecía en el alma que le ponderasen su habilidad en tocar el violín.

Lo contrario de lo que sucede con muchos Orbanejas de ahora. Quieren que se les elogie lo que pintan, y lo único que hacen bien es tocar el violón.

Victor Hugo y no sé qué célebre pintor francés, asistían á un sarao dado por cierto advenedizo. El Crespo les pidió que le dejaran un recuerdo en su album. El poeta hizo un dibujo; el pintor unos versos.

Gustavo Doré solía decir con frecuencia:

—Como dibujante, no soy gran cosa; pero como gimnasta, no hay quien me gane. Mis planchas son maravillosas.

Lo que es en esto de las planchas ¡hay por aquí cada Gustavo Doré!

Y no hablemos de aquel médico ilustre entre los músicos, y músico insigne entre los médicos;

porque la consigna  
no permite hablar,

como cantaban en *La gran duquesa de Gerolstein*, y cantan todavía en Eslava por la tarde.

¿Ustedes creen que Gayarre fundaba su vanidad en el canto?

¡Quiá! A él que le dijese todo lo que quisieran; pero cuidado con negarle que era un gran jugador de mús!

Los únicos seres á quienes envidiaba el famoso tenor son *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Mazzantini*.

Mazzantini, en cambio, suele decir:

—Si yo no fuera Mazzantini, quisiera ser



Gayarre. Mi vocación era quizá la ópera italiana... Hasta tengo el apellido más italiano que él.

El Ostión, seguro de su fuerza, se encoje de hombros si le llaman mal banderillero. Lo que no aguanta á nadie es que le digan:

—¡Andadeahí, mal liberal! ¡mal demócrata!

León XIII, antes que Papa, es poeta. El emperador del Brasil hubiera dejado mejor su corona que su casaca de académico de todas las Academias. Mr. Grevy, cuando dejó la presidencia de la República francesa, decía:

—Con tal de que no me quiten mi taco, y mis bolas, y mi mesa de billar..

Una vez encontré á Galdós, y le dije:

—He tenido el gusto de ver el tomo tal ó cual de los *Episodios Nacionales*, edición ilustrada...

El eminente novelista respondió con esta pregunta:

—Y ¿qué le han parecido á usted los dibujitos que he hecho yo?

Este afán por dar diversas direcciones al talento, es un modo eficacísimo de rendir culto al *nosce te ipsum*.

Creo, no obstante, que la mejor manera de observar el precepto inscrito en el templo de Delfos consiste casi siempre en obedecer estos otros sinónimos modernos de aquél:

—¡Retírate á la vida privada!

—¡No escribas más!

—¡Cuelga los hábitos!

—¡Córtate la coleta!

MARIANO DE CAVIA.



## CHIRIGOTAS



El mariscal Moltke murió el 24 de Abril.

Y el 9 de Mayo, es decir, quince días después de su fallecimiento, leí en *El Noticiero Universal* un anuncio que decía:

«El conde de Moltke se encuentra muy aliviado de la gota, gracias al «Bálsamo Fernoline.»

¡Toma si se encuentra! ¡Como que ya no le duele nada!

Pero, diga Vd.: ¿es así como cura Vd. á los enfermos?

Porque si es ese el modo que tiene el «Bálsamo de Fernoline» de aliviar á los que lo toman... ¡vaya al cuerno el Bálsamo!

✱

Leo:

«El Sr. Regifo ha relatado las operaciones hechas por el Banco de España, considerándolas perjudiciales á los intereses del comercio. Terminó diciéndolo el señor Regifo:

—Lo que se necesita es menos billetes y menos oro.»

Hombre... diré á Vd.: más oro, si que necesitamos.

Pero ¡qué diablos! ¡si quisiera Vd. mandar para acá unos cuantos billetitos!...

✱

OBRAS RECIBIDAS.—Con el título de *Ripios Vulgares*, acaba de publicar Antonio de Valbuena (ó Miguel Escalada, ó Venancio González, llámenle Vdes. como quieran,) un nuevo libro, entretenido y ameno, como todos los suyos. Fórmanlo una colección de artículos graciosos é ingeniosísimos siempre, demasiado personales y agresivos algunas veces, pero que merecen, de todos modos, ser leídos. Precio de *Ripios Vulgares*: 3 pesetas.

*El pobre Villamuriel*. No hemos tenido tiempo todavía de leer esta obra, que su autor don Juan Lapoullide ha tenido la galantería de remitirnos. Limitome, pues, por hoy, á acusar recibo de la obra, que se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

*Impietats; poesías escullidas*, originales de D. José Aladern. Un folleto de unas 30 páginas. Véndese (no sé á que precio, porque no lo dice el ejemplar que tengo delante) en la administración de la Biblioteca *Lo Modernisme*, de Reus.

## CORRESPONDENCIA.

*El tonto de Grieta*.—Que es más tonto de lo que parece; porque ¡mire Vd. que copiar una poesía de Ansorena y mandarla aquí, que fué precisamente donde se publicó!...

C. G. Madrid. Pues mire Vd.: los romances largos y pesados... son por regla general pesados y largos; es así que el de Vd. es largo y pesado; luego es pesado y largo. ¡Y que me entren moscas con esta lógica!

A. H. Z.—Barcelona.—No, no mande V. la firma.

Periquín.—Ni Vd. tampoco.

D. Letéreo.—Ni V.

P. Pito.—¡Si quiere Vd. mandarla para un epigramita!...

Un joven.—Santander.—¿Versos esdrújulos,

soños y trísticos?

No; no los *ripita*,

jóven carísimo.

*Los de siempre*.—Se atenderán sus indicaciones.

M. R. O.—Habana.—Si: se le contestó á Vd. Repase Vd. la colección y verá que se le contestó.

A. M.—Santander.—No.

D. S.—Madrid.—No.

A. J.—Valencia.—Si.

D. G.—Barcelona.—No.

Un *Isidro*.—Madrid.—Si.

*Tiburcio*.—Si... digo, no... Digo, si... Digo... En fin, que ya no sé lo que me digo. Que no, vamos.

*Gerandiel*.—Si toseis, tomeis... unos cuantos versos de ocho y diez sílabas y dadlos como endecasílabos.

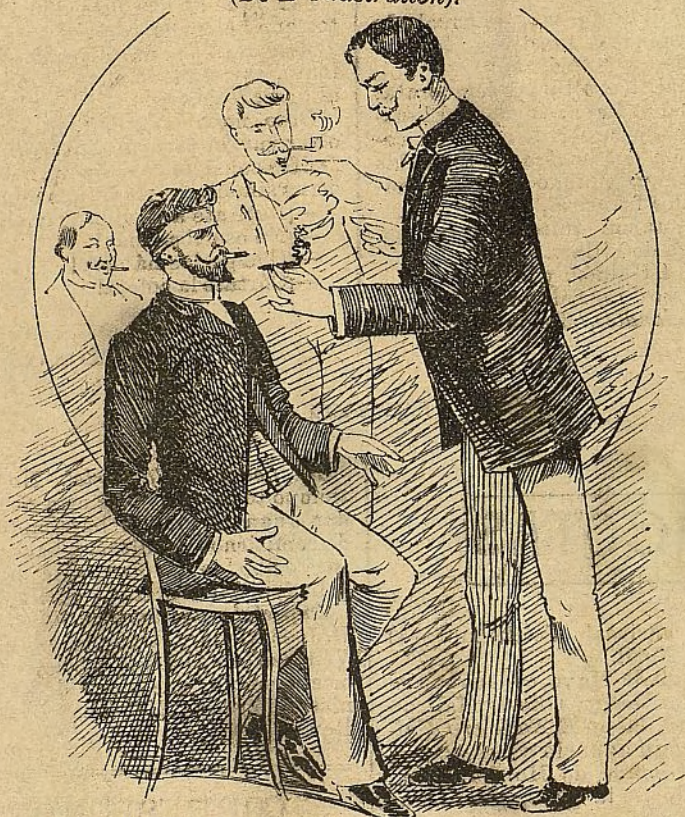
No podemos publicar —y siento ¡ay! que la falta de espacio me impida decir por qué—las composiciones con cuya remisión nos han honrado los señores J. C., *Dona Cesto*, *El chico de las d' Pamplis*, A. D., *Borlovento*, M. C. S., *Un tranquil* y J. S. de M. (Barcelona).—C. D. (Gracia).—*Un guajiro* (Santiago de Cuba).—*Aquilón*. V. S. y J. A. (Sevilla).—E. C., *Un catalá*, A. C. de C., *Rigoletto*, y V. G. (Madrid).—B. P. G. (Gijón). *Un jóven tierno* (Villagarcía de Arós). M. A. M. (Cáiz).—M. T., *Pánfilo* y C. T. (Valencia).

Y... la cancioncita eterna: quedan veinticinco ó treinta cartas por contestar.

Imp. de Calzada, Arco Teatro, 9, pasaje.



(De L' Illustration).



Para probar que el vicio de fumar descansa más en una ilusión de los sentidos que en el goce real que experimenta el fumador, no tienen Vdes. más que escoger entre los individuos de una reunión al fumador más empedernido. Véndele Vdes. los ojos y teniendo en una mano un cigarrillo encendido y en la otra uno apagado, háganselos Vdes. fumar alternativamente, sin regularidad y procurando que la aspiración en cada fumada no sea muy fuerte. A las tres ó cuatro aspiraciones no conoce nadie por el sabor cuál es el cigarrillo encendido y cuál el apagado.

## ANUNCIOS

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
EN BARCELONA

—D. JUAN TASSO—

Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ  
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE  
**L A SEMANA CÓMICA**  
EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta  
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
*en la República Mexicana*

D. RAFAEL B. ORTEGA  
Primera de Sto. Domingo, 12  
MÉXICO

AGENTE DE  
**L A SEMANA CÓMICA**  
*en la Isla de Cuba*

Sra. Vda. de Pozo é Hijo  
Obispo, 55 — HABANA

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS  
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
EN PARIS

Madame Lemaitre  
Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
EN BURDEÓS  
Mr. Marcellin Lacoste  
Place de la Comédie, 3

**LA SEMANA COMICA**  
*es periódico literario, festivo, ilustrado*  
Colaboran en él los mejores literatos y los más  
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . . Trimestre. 1'50 ptas

Euera. . . . . Semestre. 5'00 ptas

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Plaza de la Universidad, 5. 4.º 2.º  
BARCELONA.

Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde